



# DE COMO EMPEZO

## EL TXIKITEO EN RENTERIA

Alberto ECEIZA GOÑI

“Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...” nos dice la conocidísima zarzuela, pero... a veces, yo me pregunto si tanta tecnología será buena para los humanos. Es evidente que se ha progresado mucho en eso que hoy llamamos “la cultura del ocio”, que cada vez vivimos rodeados de más artilugios que facilitan nuestras labores profesionales técnicas y domésticas pero... También es evidente que hemos tenido que pagar un alto precio por ello, hemos tenido que prescindir de algunas cosas entrañables y, a pesar, de vivir en la era de la comunicación, hemos perdido, lamentablemente, y por culpa de uno de estos endemoniados artilugios, la tele, uno de los mayores placeres del ser humano, la comunicación directa, la conversación. Por culpa del cacharro este con el embrujo de sus imágenes coloreadas, el ser humano entró de lleno en la era del monosílabo y de la frase hecha. Es muy difícil, hoy en día, gozar de los placeres de una conversación distendida, agradable, enriquecedora para todos los contertulios, y sobre todo, transmisora de tradiciones, porque las tradiciones de los pueblos, sus costumbres y su anecdotario, pocas veces son reflejadas en los papeles, o son motivo de programas de radio o televisión, y por esto, vamos cabalgando a lomos de la técnica hacia el olvido de nuestras costumbres y nuestras tradiciones, al ir perdiendo las tertulias, las reuniones familiares en torno a una taza de humeante café —de puchero, naturalmente— o las alegres, desenfadadas y siempre gratificantes charlas de taberna, bajo la presidencia de un semivacío porrón.

Menos mal, que los que amamos, por encima de todo, un buen rato de charla todavía somos capaces de encontrar contertulios, y, no hace mucho tuve el placer de asistir a una larga conversación de más de tres horas en casa de mis aitas con un viejo renteriano, que nos rogó silenciáramos su nombre, y que compartía con nosotros el culto al

profundo conocimiento de Rentería, Orereta, Oarso, Errenteria, Villanueva de Oyarzun, Villanueva de la Rentería, o como quiera que se llame nuestro querido pueblo.

Una de las historias, que en realidad son dos, se me quedaron grabadas en la memoria de forma singular. Veamos si soy capaz de referirlas tal y como las contaba este entrañable personaje.

En la primera década del siglo, las cuadrillas de nuestro pueblo tenían asentados sus reales en uno o dos establecimientos de los que apenas se movían, y allí, entre porrón pequeño y partida de mus, discurría su tiempo libre, dado que aún, no existía la costumbre de la ronda de bar en bar.

Esta costumbre fue instituida en nuestro pueblo por unos bilbaínos que regentaban el “BAR ALDAYA” que estuvo ubicado entre el local de la antigua droguería Leturia y la tienda de “ANDUEZA”.

Uno de los propietarios del mismo, salía del mostrador cuando entraba la cuadrilla y se servía también su vaso de vino; sacaba un tema de discusión y cuando más acalorados estaban todos, en pleno debate, decía: “Venga, vamos a tomar unos txikitos por ahí”.

Al principio, todos pensaban que estaba loco por llevar a sus propios clientes a otros establecimientos, pero pronto esta costumbre bilbaína se extendió al resto de las cuadrillas, descubriendo así éstas, nuevos vinos, nuevos lugares y además, estrechando lazos entre distintas cuadrillas.

Los tasqueros también aplaudían esta iniciativa, pues en vez de llenar el vaso hasta arriba, justo ponían un “culín” (de ahí el nombre de “txikito”) cobrando, naturalmente, el mismo precio.

Fue tanta la popularidad que el BAR ALDAYA consiguió, que pronto cambiaron de lugar. Se fueron a la calle Sancho Enea, al lugar donde hoy está Gaspar, donde abrieron “LA BODEGA FRESCA” con un vino fresquito de temperatura, lo que en aquellos tiempos era toda una novedad.

No se sabe exactamente la causa que impulsó a aquellos bilbaínos a irse de Rentería (seguramente deberían a “todo dios”, nos dice nuestro venerable amigo), pero el caso es que la bodega pasó a manos de GASPAS ARCELUS que al poco tiempo de hacerse cargo de la misma, desapareció del pueblo durante unos días y volvió con unos maravillosos vinos de Murchante que le dieron fama por toda la comarca.

Esta fama de la bodega de Gaspar fue acrecentada por ser el pionero en poner “banderillas”. Y éstas se empezaron a poner gracias a las buenas artes comerciales del bodeguero. Esta podía ser la segunda historia.

¿Cómo, de qué forma aparecieron las banderillas? Ahora se verá.

En la bodega de Gaspar entraban infinidad de caseros que bajaban al mercado de abastos a vender su mercancía, si el día había sido propicio, qué mejor que celebrarlo con un rosario de fresquitos vinos de Murchante, y a poder ser, de la cuba de “Katillu”, pero... y aquí está el pero de esta historia, la cantidad de vino ingerida e invitada, alguna vez superaba los efectivos del casero, era entonces cuando las artes comerciarles del buen Gaspar se ponían de manifiesto y empezaban los tratos.

— ¡Bueno Gaspar, ahora no tengo diñeros, pero mañana te traeré un cochinillo para pagar la cuenta!...

— Vale, como quieras, tranquilo Joshe, que tú eres de confianza...

Al otro día, Joshe, haciendo honor a su palabra, aparecía con el cochinillo que, aceptado con un “no tenía prisa hombre” por parte de Gaspar, era llevado rápidamente a la panadería de la Balbina, donde, después de discutir un buen rato con los panaderos y obsequiarles con una bota de vino fresco, el cochinillo era devuelto a la bodega con un apetitosísimo doradito que impregnaba con sus olores la bodega, haciendo la boca agua a los asistentes, porque, naturalmente, Gaspar ya se había preocupado de que el cochinillo estuviera listo para las doce y cuarto del mediodía, hora en que los trabajadores de las distintas fábricas aterrizaban por la bodega.

De ahí a la venta del animalillo debidamente troceado sólo había un...

— ¿Quieres un pincho?, ¡Bien barato lo tengo hoy...!

Hoy, en las postrimerías de este siglo veinte, vemos el peregrinar constante de las cuadrillas chiquiteando y picando aquí y allá unas banderillas, pero muy pocos saben que esta costumbre fue introducida en nuestro pueblo por unos bilbaínos y luego desarrollada hasta adquirir su máximo esplendor por el llorado GASPAS ARCELUS, que además añadió a la costumbre del chiquiteo la de picar algo para empapar tanto y tanto vino.

Hasta hoy, han perdurado estas costumbres que no necesitan de nuevas tecnologías para subsistir al paso del tiempo, pero ha resistido de igual forma la historia de sus orígenes. Lamentablemente no, y quiera Dios que, algún día, los bareros renterianos eliminen de sus establecimientos los equipos de música y los aparatos de televisión y video. Quizás, entonces, volveremos a encontrarnos con el semiperdido placer de la conversación, vehículo imprescindible para el entendimiento y comprensión de los humanos.

